

Justicia, logrando en todo felices progresos con las sábias máximas de su cuerda conducta.

CAPITULO LII.

Piden socorro los mejicanos á Nezahualcoyotl, y va á esta embajada el infante Moteuhzuma que es bien recibido del príncipe, quien envia á pedirlo en su nombre al señor de Chalco que lo niega. Trabajos que pasa Moteuhzuma. Accion plausible de los señores de Huexutzinco. Liberta al infante un caballero, y vuelve á Tezcoco. Rebélase contra el príncipe el señor de Huexolla porque socorre á los mejicanos.

La rapidez de los progresos de Nezahualcoyotl, que en el corto tiempo de quince dias salió fugitivo de Tezcoco, caminó perseguido por todas partes de sus enemigos, de cuyas manos escapó maravillosamente la vida, y en tantos riesgos y empeños difíciles halló prontos los socorros de sus amigos con que logró juntar en un momento un ejército poderoso con que volver sobre sus enemigos y conquistar, no solo su reino hereditario sino tambien los de Acolman y Coahuatlican, es un conjunto de sucesos tan raros y extraordinarios que manifiestan que no fueron dirigidos ni podian haberse tan facilmente dispuesto por el orden comun de las cosas humanas, sino por una suprema extraordinaria providencia de Dios, que quiso hacer resplandecer su poder sobre este monarca gentil en todo el discurso de su vida, guardándola tantas veces con visibles prodigios, defendiéndole de sus enemigos, protegiendo sus empresas, co-

ronándole de victorias, y sobre todo ilustrando su entendimiento con superiores luces para que le conociese y adorase como verémos adelante.

Su triunfo, pues, y felicísima conquista en tan corto tiempo sorprendió de tal suerte los ánimos de Maxtla y sus ministros, introduciendo en ellos el terror y el espanto, que faltos de consejo no acertaban á tomar providencia alguna con que oponérsele, y lo mas que hicieron fué procurar reforzar las guarniciones de sus fronteras con las tropas que pudieron levantar, respecto á tener ocupado su ejército en el sitio de Méjico que, si lo levantaban, temian que los mejicanos invadiesen sus estados, teniéndolos tan vecinos y considerándolos parciales de Nezahualcoyotl; pero reflejando luego que si este queria invadir sus fronteras, no eran poderosas sus guarniciones para resistir el ataque, resolvieron estrechar el sitio de Méjico, y concluirle.

Para esto levantaron un prodigioso número de tropas, con las cuales menudeando los asaltos por todas par procuraban hacerse dueños de aquella poblacion, para convertir despues todas sus fuerzas contra Nezahualcoyotl.

Manteniase este príncipe en su corte, atendiendo á los negocios del gobierno, procurando restablecer el orden y policia que guardaron sus mayores, y al mismo tiempo iba levantando tropas de sus propios estados y vasallos; y este negocio, y el cuidado de disciplinarlas lo tenia encargado á Iztlacautzin, uno de sus generales, que sucedió en el señorío de Huexotla, por haber muerto su padre Tlacotzin pocos dias despues de la toma de Tezcoco.

Entretanto los tecpanecas continuaban el sitio de Méjico, y apretaban fuertemente á los mejicanos. Defendianse estos vigorosamente, porque tenian mucha gente bajo de la sábia conducta y mando de su valiente general el infante Tlacaeeltzin, pero temiendo á cada instante ser miserable despojo del furor tecpaneca. Bien sabia el príncipe sus trabajos, y deseaba socorrerles; pero le parecia que no estaba todavía en estado de intentararlo, porque para ello era necesario valerse de tropas auxiliares, y sabia muy bien que muchos de los señores aborrecian de tal suerte el nombre mejicano, que habian de negarle los socorros en sabiendo que eran para auxiliarles, y así se mostraba indiferente, desentendiéndose de este negocio.

Viendo esto el rey Itzcohuatl y los señores mejicanos, se persuadian á que el príncipe, viéndose ahora lisonjeado de la fortuna, pensaba vengarse de antiguos agravios, reviviendo en su corazon la memoria de que la alianza de los mejicanos con Tetzotzomoc fué la causa de la destruccion de su reino, de la muerte de su padre y de todos sus trabajos; y así no se atrevieron á pedirle socorro.

Así se mantuvieron hasta fines del año de 1427, en que llegando ya á lo sumo su afliccion determinó Itzcohuatl enviarle una solemne embajada, dándole noticia del miserable estado en que se hallaban, pidiéndole perdon de lo pasado é implorando su socorro. Para esto nombró á su sobrino Moteuhzuma, á quien despues dieron el nombre de Ilhuicaminan y mandó que le acompañasen otros dos caballeros de los mas principales y valerosos capitanes, llamado el uno Tepolomichin, y el otro Tepuchtli, y le dió todas las instrucciones ne-

césarias, ordenándole que luego sin dilacion partiese para Tezcoco.

Cumplió el embajador la órden con tanta puntualidad, que para no detenerse en nada, mandó á Tepuchtli que fuese á su casa, y tomase alguna ropa que llevar al viaje, y procurase alcanzarle con ella, y él con Tepolomichin se embarcó luego, burlando la vigilancia de los sitiadores, sin ser sentido de ellos, y caminó para Tezcoco; y para llegar con mas brevedad, atravesó la laguna por mas arriba, y aportó en poco tiempo á las costas del territorio de Chiauhtla.

Llegado á presencia del príncipe, se holgó este mucho de verle, y tener noticia de su tio; y Moteuhzuma cumpliendo con su encargo le dijo de esta suerte:
 „ Señor: mi rey, y vuestro tio, me envia á manifiestaros el gran júbilo y complacencia que tiene de vuestros felices sucesos, creyendo y deseando que á tales principios correspondan los mas prósperos fines, y á manifestaros el miserable estado en que se hallan los mejicanos, rodeados por todas partes de sus enemigos, y esperando por instantes su última ruina ¿es posible, señor, que viviendo tú han de perecer ellos? no es tiempo ahora de que te acuerdes de sus ingratitudes, ni en un magnánimo corazon como el tuyo debe tener lugar el deseo de venganza. Si ignorantes te agravian, uniéndose al tirano Tetzotzomoc contra tu illustre padre, quizá en ello tuvo mas parte el temor de su tiranía, que el ódio y desafecto. Bien te lo han manifestado sus acciones durante el tiempo de tus trabajos. A sus reinas y matronas debiste que cesase el tirano de perseguir tu vida, siendo la ciudad de Méjico tu asilo, y no contentas con esto volvieron á em-

„ peñarse para restaurarte la libertad. ¿Será, pues,
 „ decoroso á tu grandeza dejarlos ahora perecer á ma-
 „ nos de tu enemigo? La sangre que derramaren sus
 „ príncipes y nobles tuya es, y del mismo origen que la
 „ que corre por tus venas: mira, pues, por cuantos tí-
 „ tulos estás obligado á socorrerlos, para que deponien-
 „ do cualquier sentimiento ocurras á favorecer á los me-
 „ jicanos.”

Aun no habia concluido su razonamiento Moteuhzuma cuando llegaron apresuradamente á presencia de Nezahualcoyotl, unos soldados de los que guardaban las fronteras en la costa de Chiuhnauhatlan, diciéndole como habia llegado allí un caballero mejicano que decia venia acompañando á Moteuhzuma, á quien habian detenido hasta darle cuenta. Este era Tepuchtli, que habiendo hecho con brevedad la diligencia que se le encargó, y tomando la ropa del infante, le siguió sin dilacion habiendo logrado escapar de los sitiadores, y desembarcando en la misma costa de Chiuhnauhatlan, le cercaron los guardas de aquella frontera preguntándole quien era. Respondió que era mejicano é iba en seguimiento de Moteuhzuma, que venia de embajador del rey Itzcohuatl á hablar á Nezahualcoyotl. Dijéronle las guardias que por allí no habia llegado Moteuhzuma, y que así para averiguar la verdad se quedase preso hasta que diesen cuenta á Nezahualcoyotl. Contestó Moteuhzuma que era cierto venia en su compañía, lo que oido por el príncipe, mandó que le pusiesen en libertad para que viniese á su presencia.

Respondió luego al razonamiento de Moteuhzuma con expresiones muy afables, haciéndole entender que en su magnánimo corazon estaban enteramente borradas

las memorias de los antiguos agravios, y muy vivas las de los beneficios que habia recibido de las señoras mejicanas, para corresponderlos debidamente; y que lo hubiera ya ejecutado, marchando prontamente en su socorro, si con mas brevedad hubiera podido levantar en número de tropas necesario para la expedicion, de sus propios vasallos, sin tener que pedirlos á los otros príncipes. Pero que hallándose ya los mejicanos en tanto conflicto como le significaba, marcharia prontamente á su socorro, pidiendo auxilio de tropas á los príncipes su aliados; para cuyo efecto ordenó que el mismo Moteuhzuma, acompañado de Tepolomichir, pasase inmediatamente á Chalco, y en su nombre dijese á Tochtintecuhtli, Señor de allí, que con toda brevedad le enviase la gente de guerra que le habia ofrecido, para que unida á la suya marchasen luego al socorro de Méjico. Al mismo tiempo despachó otros cuatro mensajeros á Huexotla, para que dijesen á Iztlacauhtzin, señor de allí, á quien habia dado la comision de levantar tropas en todo el territorio de los estados patrimoniales, que acudiese luego con todas las que tuviese prontas á la corte de Tezcoco, á unirse allí con todo el ejército.

Partieron luego unos y otros, y llegados á Chalco Moteuhzuma y Tepolomichin, se presentaron á Toztintecuhtli, y le dieron su embajada.

Era Toztintecuhtli enemigo mortal de los mejicanos, y así luego que la oyó, lleno de cólera é indignacion mandó poner presos á los mensajeros en unas fuertes jaulas, y prorrumpió en palabras injuriosas y sentidas expresiones contra Nezahualcoyotl, porque olvidado de su honor, y de los agravios de los mejicanos, intentaba ahora favorecerlos, cuando debia emplear to-

dos sus esfuerzos en destruirlos, hasta que no quedase memoria de ellos; que para esto sí le ayudaria con todo su poder; y que si hubiera sabido que el príncipe se habia de empeñar en favorecer á tan viles enemigos, de ningun modo le hubiera auxiliado con sus tropas para recobrar su reino.

Mandó luego á dos caballeros de su corte que partiesen sin dilacion á Huexutzinco, llevando consigo á los presos con buena guardia, y dijesen de su parte á los señores de aquella república que el príncipe Nezahualcoyotl, faltando á sus obligaciones, le habia enviado á pedir con aquellos caballeros mejicanos auxilio de tropas, para ir á socorrer á Méjico, lo que le habia indignado tanto, que habia hecho arrestar á los mensajeros, y se los remitia para que si queria sacrificarlos en su ciudad lo ejecutasen: que allá irian sus chalcas á celebrar el sacrificio.

Oyeron los huexutzincas la embajada, y levantándose el senador mas anciano, llamado Xayacamachan, les dijo: „Volved á vuestro señor con los presos que habeis traído, y decidle que la nobleza huexutzinca no ha sabido jamas manchar las manos en la sangre inocente. ¿Cuál es el delito de estos caballeros? ¿Por ventura el obedecer con fidelidad á su rey, que les envia á pedir socorro á Tezcoco, es delito de muerte? ¿Acaso porque obedecieron con igual rendimiento al príncipe Nezahualcoyotl, que los envió á pedirlo en su nombre á Chalco, merecen morir? Aunque desde la muerte del emperador Ixtlixochitl hemos mirado con poco afecto á la nacion mejicana, no podemos negar el título de parentesco que tenemos con sus reyes, y jamas hemos tenido con ellos guerra; pero

„ aunque la tuviéramos, siempre nos pareceria accion „ injusta vengar nuestro enojo en estos mensajeros, „ que no hacen otra cosa que cumplir como deben el „ mandato de su señor; y así decid al vuestro, que de „ ningun modo queremos mezclarnos en esta alevosía.”

Volviéronse con esta respuesta los mensajeros, y viendo Tozintecuhli despreciada de los huexutzincas su accion, determinó valerse de ella para reconciliarse con el emperador Maxtla; y mandando poner en las jaulas á los prisioneros, encomendó la custodia de ellos á un caballero principal, llamado Quateotzín, y ordenó á los mismos mensajeros que habian ido á Huexutzinco, que partiesen sin dilacion á Azcapuzalco, y dijesen de su parte al emperador Maxtla, como tenia allí enjaulados aquellos dos caballeros mejicanos, para que dispusiese de ellos, y ordenase el género de muerte que queria se les diese, y que toda su gente estaba pronta para auxiliarle contra los mejicanos, y contra el príncipe Nezahualcoyotl.

Cumplieron los mensajeros con su encargo; pero tambien fueron muy mal recibidos de Maxtla, quien con palabras injuriosas, y tratándolo de traidor, desleal y fementido, mandó decir á Tozintecuhli que hiciese lo que quisiese con los mejicanos que tenia presos; que para nada le habia menester, ni á él, ni á su tropa; que procurase tenerla bien apercebida para defenderse de sus teapanecas, que presto irian á destruirle (1).

(1) El justo y universal desprecio que por esta indigna accion se grangearon los chalcas fué causa de las inconsecuencias que cometieron despues con los monarcas de Anáhuac, pues ya favorecian á uno ya á otro: y es que creyéndose, y con razon,

El caballero Quateotzin, á quien se encomendó la guarda de los presos, llevó muy á mal la accion de su señor, especialmente respecto de Moteuhzuma, príncipe de la sangre real, y quien por su valor y prendas se habia grangeado mucho aplauso; y temiendo que Maxtla mandase que les quitaran la vida, determinó ponerlos en libertad aquella noche que intermedió, mientras iban y venian los mensajeros de Azcapuzalco. Para esto llamó á un criado suyo, nombrado Tonalhuac, y le mandó que fuese á la prision, y dijese á los guardas que dejasen salir libres á los prisioneros, y en saliendo que dijese de su parte á Moteuhzuma que él no podia sufrir que se hiciese tal iniquidad con persona tan ilustre como él, ni dejarle en el riesgo de que perdiese la vida, y así le ponía en libertad para que huyese y la salvase. Que bien conocia que la vida que le daba habia de pagarla con la suya; pero que la daría por bien perdida, por libertar la de un personage de tan alto carácter que padecia sin causa: que si en algun tiempo le pusiese la fortuna en parage de amparar á sus hijos, lo hiciese, acordándose de lo que por él hacia. Que le advertia no tomase el camino real, porque indefectiblemente caeria en manos de los guardas que se habian mandado poner en las fronteras, sino que fuese por veredas escusadas, para no ser sorprendido.

Obedeció Tonalhuac, y los guardas pusieron en aborrecidos de todos, se adherian facilmente al partido de aquel á cuyo favor esperaban que se inclinase la balanza del poder. Esto sucede á todos los que separados del camino de la justicia, no tienen otra regla de conducta que la satisfaccion de su venganza y otras ruines pasiones.—E.

libertad á los presos. Dióle á Moteuhzuma el mensaje de su señor, á que correspondió con muchas expresiones de gratitud, manifestando mucha pena del riesgo en que dejaba á su bienhechor. Marcharon luego al favor de la oscuridad, hasta salir de la ciudad, y tomando las veredas escusadas, caminaron toda la noche, de suerte que antes de amanecer llegaron á Chimalhuacan, situado en una punta de tierra, que se interna en la laguna de Tezcoco por la banda del Poniente, con ánimo de seguir hasta Méjico: mas no se atrevieron á embarcarse, temerosos de ser descubiertos y sorprendidos en la laguna, y así determinaron revolver hácia Tezcoco, tomando el camino por los montes.

Antes de medio dia llegaron á Tezcoco, y dieron noticia de todo lo sucedido á Nezahualcoyotl, que ya la tenia de su prision y remesa á Huexutzinco: porque los señores de esta ciudad, fieles amigos suyos, procediendo con noble hidalguía, le despacharon luego aviso de lo que habia pasado con el de Chalco, ofreciéndole de nuevo todas sus tropas para auxiliarle contra él, ú otro cualquiera de sus enemigos.

Agradeció mucho el príncipe tan noble accion, y con los mismos que le trajeron la noticia les envió á decir, que hiciesen marchar luego sus tropas á su ciudad de Tezcoco, y al mismo tiempo despachó otros mensajeros á los señores de Tlaxcallan, para que con toda brevedad le enviasen las suyas, porque al mismo tiempo le habia llegado noticia de que los que envió á Huexotla habian sido peor recibidos de Iztlacautzin, mas acérrimo enemigo de los mejicanos que el señor de Chalco, el cual oyendo la órden del príncipe, y vien-

do que las tropas que le habia mandado levantar iban á emplearse en favor de los mejicanos, se indignó de tal suerte que mandó hacer pedazos á los mensajeros, en medio de la plaza, y prorrumpiendo en injurias contra el príncipe, se declaró traidor, amotinando contra él la gente, no solo de su territorio, sino toda la de mas que habia levantado en nombre del príncipe en sus dominios hereditarios. Mas como la mayor parte de estos eran leales vasallos, y amaban mucho á su señor, se retiraron prontamente del campo de Huexotla, y vinieron á Tezcoco á dar el aviso á su soberano. Mandó á su hermano prontamente que recibiese y que alistase á todos los que venian de Huexotla, y al mismo tiempo levantase toda la gente que pudiese, así dentro de la ciudad como en sus contornos. Hizolo así el infante con mucha brevedad y destreza, y como perito en el arte de guerra, procuró con toda diligencia guarnecer bien las fronteras de Huexotla, para impedir cualquiera accion que pudiese intentar el traidor Iztla-cauhtzin, estando tan inmediato á la ciudad de Tezcoco.

CAPITULO LIII.

Manda el señor de Chalco despedazar á Quateotzin porque dio libertad á los mejicanos, y procura reconciliarse con Nezahualcoyotl, que le desprecia y amenaza. Pasa el príncipe secretamente á Méjico; reconoce sus fortificaciones y tropas, y da las órdenes convenientes para avanzar por diversas partes en los estados de Azcapuzalco. Vuelve á Tezcoco, envia el socorro á Méjico, y él se embarca con su tropa. Entran por cuatro partes las tierras de Azcapuzalco, y en todas se combate con ardor, hasta rechazar á los enemigos, y les ganan los mejicanos una trinchera muy fuerte.

Grande fué el contento y alegría del príncipe cuando llegaron á su presencia Moteuhzuma y Tepolomichin, porque habia ya consentido en que no volverian vivos de su comision. Condolióse mucho de sus trabajos, y procuró animarlos; y considerando el sumo cuidado en que estaria Itzcohuatl, determinó que Tepolomichin y Tepuchtlí volviesen á Méjico, y le diesen noticia de todo lo acaecido, asegurándole que luego que llegasen las tropas de Huexutzinco y Tlaxcallan, marcharia en su socorro, y quiso que el infante Moteuhzuma se quedase en su compañía.

Partieron luego los dos caballeros, y habiendo escapado felizmente de los enemigos, arribaron á Méjico, y su llegada fué para todos de mucha alegría; porque ya pronosticaban infeliz suceso de su tardanza. Dieron cuenta de todo á Itzcohuatl, y la esperanza del próximo socorro infundió nuevo aliento en los sitiados.